

ESTUDIOS FISIOLÓGICOS.



Para saborear es necesario probar.

MEDITACIONES GASTRONÓMICAS,
Ó FISIOLÓGIA DEL GUSTO.MEDITACION 2.^a

Del gusto.

(Continuacion.)

El orden que me he prescrito me ha conducido insensiblemente á dar al olfato los derechos que le pertenecen, y á reconocer los importantes servicios que nos hace en la apreciacion de los sabores, pues entre los autores que han venido á mis manos no he encontrado ninguno que me parezca haber hecho una cumplida justicia sobre el particular.

En cuanto á mí, estoy no solamente persuadido de que sin la participacion del olfato no hay sabor perfecto, sino ademas estoy tentado por creer que el olfato y el gusto no forman mas que un solo sentido, cuyo laboratorio es la boca y cuya chimenea es la nariz, ó para hablar con mas exactitud, la una sirve para el sabor de los cuerpos táctiles y la otra para el sabor de los gases.

Este sistema puede estar rigurosamente prohibido; sin embargo, como no abrigo la pretension de formar una secta, no le manifiesto mas que para dar que pensar á mis lectores, y para mostrar que he visto de cerca el asunto de que se trata. Ahora continúo mi demostracion acerca de la importancia del olfato, si no como parte cons-

titutiva del gusto al menos como accesorio obligado.

Todo cuerpo sabroso es necesariamente odorífero, lo que le coloca en el imperio del olfato como en el imperio del gusto.

No se come nada sin sentirlo con mas ó menos reflexion, y para los alimentos desconocidos la nariz hace siempre los oficios de centinela avanzado que grita: *¿Quien va allá?*

Cuando se intercepta el olfato se paraliza el gusto, lo que se prueba por tres experimentos que todo el mundo puede verificar con igual éxito.

Primer experimento. Cuando la membrana nasal está irritada por un violento *coryza* (reuma cerebral), el gusto está enteramente obstruido: no se encuentra ningun sabor á lo que se masca, y sin embargo, la lengua queda en su estado natural.

Segundo experimento. Si se come tapándose la nariz, nos admiramos de no experimentar la sensacion del gusto mas que de una manera oscura é imperfecta; por este medio los medicamentos mas repugnantes pasan casi inapercibidos.

Tercer experimento. Se observa el mismo efecto si en el momento en que se mastica, en vez de dejar venir la lengua á su estado natural, continuamos teniéndola unida al paladar: en este caso se intercepta la circulacion del aire, el olfato no es herido y el sabor no se verifica.

Estos diferentes efectos dependen de la misma causa, el defecto de cooperacion del olfato: lo que hace que el cuerpo sabroso no sea apreciado mas que por su jugo, y no por el gas odorífero que lleva.

Pasemos á decir cuatro palabras acerca del análisis de la sensacion del gusto.

Sentados estos principios, yo miro como cierto que el gusto da lugar á sensaciones de tres órdenes diferentes, á saber: la sensacion *directa*, la sensacion *completa* y la sensacion *reflexiva*.

La sensacion *directa* es el primer objeto que nace del trabajo inmediato de los órganos de la boca, mientras que el cuerpo apreciable se encuentra todavia sobre la lengua anterior.

La sensacion *completa* es la que se compone de este primer objeto y de la impresion que nace, cuando el alimento abandona esta primera posicion, pasa á la parte posterior de la boca y hiere el órgano por su gusto y por su perfume.

En fin, la sensacion *reflexiva* es el juicio que conduce al alma hácia las impresiones que le son trasmitidas por el órgano.

Pongamos este sistema en accion, viendo lo que pasa en el hombre que come ó que bebe.

El que come un pescado, por ejemplo, experimenta primeramente un sentimiento agradable por el olor que lleva; le pone en su boca y experimenta una sensacion de frescura y de ácido que le obliga á continuar; pero esto no es mas que durante el momento que mastica ó que el bocado pasa por debajo de la fosa nasal que le ha revelado el perfume: lo que completa la sensacion que debe causar un pescado. En fin, cuando ha tragado, juzga lo que acaba de probar, y se dice á sí mismo: «esto es delicioso.»

Cuando se bebe, mientras que el vino

Album pintoresco. 33

está en la boca nos sentimos agradablemente, pero no perfectamente impresionados: no es mas que un momento despues en que se ha cesado de tragar, en que se puede verdaderamente gustar, apreciar y descubrir el perfume particular de cada especie, y es menester un pequeño intervalo para que el gastrónomo pueda decir: «es bueno, apacible ó malo. ¡Peste! ¡este vino está asincochado!»

El gusto tiene diversas impresiones: no es tan ricamente dotado como el oído; este puede oír y comparar muchos sonidos á la vez; el gusto, por el contrario, es simple en actividad, es decir, no puede ser impresionado mas que por dos sabores al mismo tiempo.

Pero puede ser doble y hasta múltiple por sucesion, esto es, que en el mismo acto de gurguración se puede experimentar sucesivamente una segunda y hasta una tercera sensación, que van debilitándose gradualmente hasta que se designan con las palabras perfume ó fragancia; del mismo modo que cuando un sonido principal se oye, un oído ejercitado distingue allí una ó muchas series de consonancias, cuyo número no es todavía perfectamente conocido.

Los que comen pronto y sin atencion no discernen las impresiones del segundo grado.

Echemos ahora una rápida ojeada filosófica sobre el placer ó el disgusto que el gusto puede ocasionar.

El hombre está mas bien organizado para el dolor que para el placer. Con efecto, la inyeccion de las materias acerbadas, acres ó amargas en último grado, puede hacernos experimentar sensaciones estremadamente penosas ó dolorosas. Las sensaciones agradables no recorren, por el contrario, mas que una escala poco estensa, y si hay una diferencia bastante sensible entre lo que es insipido y lo que li-songea el gusto, el intervalo no es muy grande entre lo que es reconocido por bueno y lo que es reputado excelente.

Sin embargo, el gusto, tal como la naturaleza nos lo ha concedido, es ademas el de nuestros sentidos, que todo bien considerado nos procura los mayores goces.

CANTO DE DÉBORA.

¡Príncipes de la tierra,
Levantaos y oid! ¡Reyes del mundo,
Escuchad mi cantar! A mi Dios canto:
Al Señor de Sion tres veces santo,
A cuyo movimiento
Con espanto profundo
Los enemigos de Judá temblaron,
Los altos cielos agua destellaron,
Conmovióse la tierra, gimió el viento,
Y hundieron su cerviz en sus entrañas
Derretidas de miedo las montañas.

En noche de amargura
Yacia deplorando sus destinos
Desarmada Judá: Galaad dormía;
Humillada Isacar se envilecía;
Al bien eran cerrados
De Ruben los caminos;
Con piedras de dolor se golpeaba
El pecho Benjamin; Dan sollozaba;
De Gad y Aser los hijos desgraciados,
Rendido el brazo con fatiga grave,
Iban al remo en estrangera nave.

¿Qué ha sido de los fuertes?
¿Por que el pueblo de Dios suspira y calla?

¿Por qué contra el altivo cananeo
No marcha á combatir? ¡Ah! su deseo
Fuera en vano: está rota
Su lanza de batalla;

Dios que á su pueblo descarriado mira
Derramando las copas de su ira
Con cadenas durisimas lo azota,
Y volviendo á otro lado el rostro santo
Desoye adusto su cobarde llanto.

Mas no, que por el dedo
Del Dios de los ejércitos tocada,
Descolló una muger: habló á su gente,
De libertad el grito independiente
Resonó en Palestina,
Y la grey apenada,
Rompiendo al fin de su coyunda el lazo,
De escudo y lanza desprovisto el brazo,
En obediencia de la voz divina
Corrió á la lid, y el campo de pelea
Del asorita con la sangre humea.

Dios lidió por su pueblo;
De Sabaot el fuerte incontrastable
Señor que arranca de la nube el trueno
Hinchó á Israel de fortaleza el seno:
Los muros de trabada
Armazon formidable
Delante del santo de Jacob cayeron,
Y en menudos fragmentos se esparcieron
Hombres, armas, caballos y banderas,
Cual seca paja en las ventosas eras.

Las estrellas del cielo,
Sin cesar en su curso misterioso
Dardos de fuego á Sisara lanzaron,
Y contra él por Débora lidiaron:
De Cison el torrente
Se arrastró perezoso,
Grávido de cadáveres sangrientos;
Los brutos desbocados y violentos.
Sin un ginete que en su lomo asiente,
Al huir por los áridos peñascos
Se destrozaron los sonantes cascos.

Canta tu gozo, oh Débora!
Alégrate Basac! tuyo es el campo!
El enemigo yace en la llanura,
Como rebaño en que su rabia apura
El tigre carnicero:
Veloz cual ígneo lampo
Del ángel de la muerte la guadaña
Jugó en sus haces con tremenda saña:
De su caudillo que con duelo fiero
Maldecia su suerte y nuestros bienes
El clavo de Jahel pasó las sienes.

De Sisara la madre,
Del hijo triunfador puesta en espera,
Impaciente decia: ¿cómo tanto
Puede tardar? ¿Acaso algún encanto
Traba los pies ligeros
De su yegua guerrera?...
Tal vez se ocupe del botín del día
La parte en separar de mas valía;
Ricas joyas, robustos prisioneros,
El fino manto ó la dorada aljaba...
Y el hijo en tanto moribundo estaba.

Asi, Señor, perezcan
Bajo el tronido de tu brazo augusto
Los que tu nombre y fortaleza nieguen:
Que sobre el borde del abismo cieguen,
Y al hondo compelidos
Por tu poder robusto,
Campo á tu pueblo den, dó resguardados
Vivan de todo mal por tus cuidados
En larga sucesion tus escogidos,
Y en himnos que hasta el cielo se levanten
Siglos de siglos tus elogios canten.

F. BELLO.

LOS PIRATAS DE CILICIA.

(Año de Roma 675.)

(Continuacion.)

Los piratas lo aplaudieron con grandes gritos de alegría; admiraban igualmente el valor del joven romano, su generosidad y hasta su altiva libertad y comportamiento, porque á los pobres de espíritu, á los que no corre noble sangre por sus venas, el desprecio se asemeja al chasquido del látigo, que hace presentir al perro la aproximacion de su dueño.

Se acordó inmediatamente que Agripa y Lelio marcharian á Grecia con algunos esclavos á fin de reunir los cincuenta talentos, y que en el entretanto quedaria en rehenes acompañado de Floro.

Los dos mensajeros pasaron sin detenerse á bordo del Didymo. La despedida fué tierna, dándose estrechos abrazos y no sin lágrimas.

—Marchad, dijo César á sus amigos, y que el Euro os conduzca sin peligro hasta los puertos de la Jonia; sobre todo, haced buen uso de vuestra libertad; tú, Lelio, para que tomes baños y pruebes los aromas del Asia, y tú, Agripa, para que vuelvas á hallar el gusto de tu inolvidable *garum des associates* (1), que con tanto enternecimiento te lamentabas de haber abandonado.

Estad sin cuidado por mi persona; me falta concluir de leer al anciano Ennio.

El navio bitiniano se hizo á la vela, y la galera de Isidoro y toda su flota dirigieron el rumbo hácia Coraceso.

Entretanto el padre de Plaucia, siempre seguido de sus dos lictores, que daban á su cautiverio cierta especie de magestad risible que divertía mucho á los cilicianos, se habia reunido con César. Sextilio pertenecía á aquella nobleza degenerada, cuya abyeccion habia disgustado aun á la corruptela del mismo Sila, y que ya con anticipacion iba preparando las atrocidades de Neron y de Tiberio.

Nombrado gobernador de la Cilicia, lodo lo dilapidó y vendió públicamente, hasta que las quejas de la provincia llegaron á oírse; acababa precisamente de ser llamado á Roma, donde debian hacerse patentes y castigarse sus exacciones, cuando la suerte lo hizo caer en poder de Isidoro; su cautiverio fué para él una especie de asilo. En un principio lo sufrió sin quejarse; pero mas adelante pensó en sacar partido de la misma desgracia: la hermosura de Plaucia habia avasallado el corazón de Isidoro, que enamorado de ella la habia ofrecido su mano. La joven romana se resistió mucho tiempo, mas las promesas del pirata y las persecuciones de su padre la vencieron al fin, y llegó á ser la esposa del cartaginés. El pretor lloraba de gozo; el dominio y autoridad que ejercia Plaucia sobre Isidoro abrian un ancho campo de dorados ensueños á su avaricia. Su hija podia llegar á ser para él la maravillosa varita de virtudes de las encantadoras, por cuyo medio pasan las riquezas del vecino á las arcas del favorecido. Por

(1) *Garum sociarum*, salsa célebre de la que hacen mencion casi todos los autores de la antigüedad. Era una salmuera del pescado de mar llamado sarga. Se encuentra la receta de su preparacion en los Geopónicos; era muy cara, y fabricada por una compañía de traficantes asociados para la pesca de las sargas, con que se hacia dicha salsa.

su influjo siempre estaba abierta para él la mano del pirata, así que no tenía mas que esperar arrebujado en su túnica pretexta.

Luego que se encontró a solas con Julio se fué hacia él y lo abrazó vertiendo lágrimas, porque aquel risco endurecido tenía el don de llorar cuando quería.

—¡Por los dioses inmortales! exclamó; yo soy el que te he salvado; á no ser por mí, el noble, el hechicero Julio sería víctima de esos feroces africanos.

—Es un servicio que jamás olvidaré, dijo César, y quisiera poder prometerte mi reconocimiento.

—No hablemos de eso, hijo mío, interrumpió el pretor; el haberte salvado es la mejor, la mas hermosa recompensa; además ¿no sé yo que te han quitado todos los medios de manifestar la grandeza de tu ánimo? ¡Ah! con mis propios ojos he visto ha un solo momento cómo esos buitres rapaces se apoderaban de tus equipages; y no esperes recobrar cosa alguna de este naufragio, desventurado Julio; el abismo de Caribdis es menos voraz.

—Puedan los dioses consolarte tan fácilmente como yo de esta pérdida, generoso Sextilio, dijo sonriéndose el prisionero; cuando el botín vale poco, el que lo roba es digno de compasión.

—Bien, bien, dijo el pretor bajando la voz: obras prudentemente, despreciando en apariencia lo que te han robado; así cuando lo vendan los nuevos poseedores no exigirán tanto por ello.

—¿Piensa el sabio Sextilio ser del número de los compradores? preguntó el joven patricio con acento irónico.

—¿Qué no haré yo por ti, Julio! respondió amistosamente el anciano; tus muebles, tus vestidos, tus alhajas, todo puedo rescatarlo al presente, y te lo devolveré despues sin mas lucro que la puja indispensable para disimular el traspaso.

Julio soltó una carcajada.

—¡Ah! reconozco al honrado Sextilio, exclamó: sacrificándose siempre por sus amigos... sin empobrecerse...

—¿Ay de mí! no puede la pobreza venir cuando ya ha llegado, dijo con tono lastimoso el pretor; mi bolsa, hijo mío, se parece á la de los trófulos, en la que, según el proverbio, *la araña teje su tela*; ¿pero qué otra cosa mejor puede esperar un desventurado, entregado de antemano á sus acusadores? Porque aun cuando se me conceda la libertad, en nada aliviará mi pobreza; Julio ¿mis enemigos, por ventura no han obtenido el embargo de todos los bienes que poseía en Roma hasta que logren llevarme como arrastrando á presencia de mis jueces?... ¡Ah! cuando logre escapar de las garras de los cilicianos no me queda otro arbitrio que coger el palo adornado con cintitas alrededor (4).

—Todavía te quedará otro recurso; desgraciado Sextilio, repuso César; puedes hacer que pinten al encausto (pintura cuyos colores se preparaban con cera), un cuadro que represente tu fatal desastre, colgártelo al cuello, y con la cabeza rapada ir á implorar la piedad de los Quirites (2), porque ¡cuán grande partido podrias sacar de tu propia desgracia, tú que te has enriquecido con la de otros!

Sextilio se hizo el desentendido.

—¿Has olvidado ya esa bandada de esclavos que mantenias en Roma para que mendigasen, continuó diciendo César, y

que todos los dias te traian hasta 30 tercios de la limosna que recogian? (1)

—¡Vaya! Julio siempre alegre y divertido! dijo el anciano con una sonrisa forzada; pero que piense en mi propuesta: él y sus compañeros se encuentran pronto en uno de los casos en que *es preciso hacerse trianco* (2).

Cuando los piratas arribaron á las costas cilicianas el sol iba á ocultarse al otro lado de los promontorios de Pamfilia, y enrojecia con sus rayos las tranquilas ondas; en aquel momento la flota avanzaba en dos filas como si fuesen dos armadas navales, cuyo aspecto formaba un contraste vistoso y singular; la que bogaba hacia el Oriente, envuelta en el crepúsculo de la noche hendia las sombrías aguas bajo un cielo de un azul sin brillo, mientras que la de poniente, iluminada por los últimos resplandores del día, navegaba entre torrentes de fuego en medio de una atmósfera de púrpura y oro.

Julio, en pie en la proa de la galera, contempla por algun tiempo tan peregrino espectáculo; luego sus miradas se dirigieron á la costa que iluminaba el último rayo del sol poniente. Por todas partes se elevaban torres de atalaya construidas por los piratas para vigilar la mar; astilleros llenos de navios que se estaban construyendo; almacenes destinados para guardar viveres y provisiones; de trecho en trecho se ofrecian á la vista flotas enteras de buques barados en la arena, descansando aun sobre sur féreos rodillos, rodeados de empalizadas que formaban otros tantos campos atrincherados; enormes máquinas provistas de cables para poner en seco ó volver al agua las galeras; en fin, en lo mas retirado de la bahía se elevaba la ciudad de Coraceso, defendida igualmente con altas murallas coronadas de vigilantes arqueros cretenses que estaban de centinela.

II.

En los primeros dias que siguieron al arribo de Isidoro, fueron sucesivamente agregándose á su flota la del griego Ificrates, la del egipcio Narciso, la de Estelo romano y otros gefes sirios, tracios ó españoles. Tal era, en efecto, la prosperidad siempre en aumento de los cilicianos, que dos hombres mas ricos, mas distinguidos por su cuna ó por su talento, no tubieban en ponerse á bordo de sus bagelles para ir á unirse con ellos (3). Así es que en la bahía de Coraceso se hallaban reunidas embarcaciones de todas formas, de todos tamaños y de diferentes paises; junto á los *baros* egipcios se veian los *cameros* helenos, cuyos puentes redondos formando bóveda se asemejaban á una amphora; los *liburnios* de Siria y los *myoparos*, que por su pequeñez y ligereza habian merecido el nombre de *ratones de Paros*.

En el momento en que volvemos á añadir el hilo de nuestra historia, es decir, dos meses despues de los acontecimientos que hemos referido en el anterior capítulo, todas estas embarcaciones estaban formadas en filas todo á lo largo del muelle, echadas de costado en el astillero para reconocer y reparar los cascos, ó baradas en tierra dentro del campo atrincherado.

(1) Véase á Séneca.

(2) Proverbio romano para espresar la necesidad de tener que echar mano de los últimos recursos; los triancos eran los soldados viejos de la reserva, que solo se alistaban en el último apuro. Véase á Tito Livio.

(3) Plutarco, vida de Pompeyo.

Solo tres galeras se mantenian ancladas á la vista del puerto; la una el *Didymo*, que habia ya vuelto de su expedicion; la otra una *liburna* de Alejandria, que la prudente precaucion de Lelio y Agripa habia hecho viniese escoltándolos: en fin, la tercera era el buque del mismo Isidoro, próximo á hacerse á la vela para una secreta comision.

Era el segundo dia de los idus de febrero, en el que los cilicianos celebraban la gran fiesta de Mithra: en tanto que llegaba la hora de la ceremonia, la mayor parte de los gefes se hallaban reunidos dentro de la tienda de Ificrates, puestos en cuclillas á manera de bárbaros sobre preciosas pieles, ó sentados en sillas según se acostumbraba en la Laconia, divirtiéndose con juegos de resto ó bebiendo vino cocido de Creta.

César, recostado sobre una camilla de reposo, los estaba observando, y Sextilio, en pie á algunos pasos de distancia, levantaba de vez en cuando la voz para deplorar las pérdidas ó para enviar las ganancias de los jugadores. Isidoro se hallaba retirado á un lado, ocupar en contar los *aurei* encerrados en un cofrecito de cedro que acababan de traerle los esclavos: era el rescate de César, que sus amigos habian recogido en Mileto. El cartaginés, pronto á hacerse á la vela, veia con un feroz despecho al joven patricio que se escapaba de sus manos. Desde que le tenia cautivo habia sufrido demasiado con sus altanerías burlas para que dejase de aborrecerlo de muerte; hasta entonces la mediacion de Plaucia habia librado á su pariente del rencor del pirata; pero no podia éste conformarse con la idea de que el romano iba á marchar sano y salvo despues de haberlo ultrajado tan impunemente. Mil proyectos confusos se formaban en su imaginacion, mientras que contaba las monedas de oro contenidas en el cofrecito. Durante este tiempo César continuaba hablando con los jugadores con risueño desembarazo; aunque su encuentro con los cilicianos le habia costado tan caro, se alegraba por haber visto su rara colonia; únicamente le parecia inútil volver á visitarla segunda vez á tanta costa; no queriendo, pues, esponderse de nuevo embarcándose en un buque desarmado, desechó el *Didymo* prefiriendo embarcarse al dia siguiente en el *liburno* egipcio que le habian traído sus amigos.

(Se continuará.)

MÚSICA.

Se supone comunmente, dice Juan Jacobo Rousseau, que la palabra música viene de *musá*, porque se cree que las musas han inventado este arte; pero Kircher, según Diodoro, da á esta palabra un origen egipcio, pretendiendo que fué el Egipto donde empezó á restablecerse la música despues del diluvio, y se recibió la primera idea de ella del sonido que producian los cañaverales que cruzan las márgenes del Nilo, cuando el viento sopla por entre sus tubos. No se puede dudar que la invencion del canto y de la música se remonta á los siglos mas apartados. En tiempo de Laban se hallaba ya establecida la costumbre de acompañar á los estrangeros al son de los instrumentos y con canciones alegres; pero lo que se debe par-

(1) Los mendigos de Roma llevaban en la mano un báculo ó palo ceñido con unas cintas ó listones.

(2) Véase á Horacio.



ticularmente notar es que las canciones son de todos los países y de todos los tiempos. Las naciones mas bárbaras é incultas tienen alguna idea del canto; entre todos los pueblos conocidos ha servido para conservar originariamente la tradicion histórica de los grandes acontecimientos cierta especie de poemas que en ellos se cantaban. Segun Dutens, en su obra titulada: *Origen de los descubrimientos atribuidos á los modernos* (tomo 2.º, pág. 161), fué Pitágoras el primero que dió reglas ciertas y fundamentales á la música. Sorprendido de la diferencia de sonidos que producian los martillos de una fragua, que guardaban armonía por 4.ª, 5.ª y 8.ª, dedujo que esto provenia de la diferencia de los martillos, que pesó para cerciorarse mejor, y vió en efecto que la suposicion era justa. En vista de esto colgó algunas cuerdas de igual longitud, colocando á su estremidad un peso en la proporcion que tenian los martillos, y observó que producian sonidos con los mismos intervalos de los martillos. Otros pretenden que esto debió hacerse colgando cuerdas de diferentes longitudes, pero con un mismo peso. Sea de esto lo que quiera, este fué el principio por el cual Pitágoras descubrió el *monocordio*, instrumento compuesto de una sola cuerda, y propio para determinar fácilmente las diversas relaciones de los sonidos. Los griegos miraban generalmente la música como un don inmediato de los dioses, tan antigua como la especie humana, y creian ser deudores de ella á Marte, á Apolo ó á Júpiter. Herodoto atribuye la introduccion de la música en la Grecia á Cadmo y á sus compañeros los *curètes* ó los *dactyles Ideos*. Los griegos son los que mas han perfeccionado este arte y los que lo han cultivado con mas cuidado, haciéndole servir para cantar las alabanzas de los dioses y para celebrar las acciones de los héroes; ninguna fiesta, sacrificio, juego público ni

pompa fúnebre se hacia en Grecia, sin que la música dejase de aumentar su magnificencia é inspirar á los espectadores sentimientos análogos á la solemnidad. Si hemos de atenernos al testimonio de Homero, en los tiempos heroicos el poeta, el compositor y el músico eran casi siempre una misma persona. Lo mismo sucedia entre los antiguos bardos y entre los trovadores de la edad media. Los romanos recibieron su música de los griegos. Los etruscos la tenian antes de la fundacion de Roma, pero muy limitada, y hasta la llegada de Evandro no se conocian apenas en Italia mas que las flautas de los pastores, y aun despues, la música de los romanos era tan escasa, que Vitruvio se vió en la precision, para esplicar el sistema de Aristóxenes, de adoptar todos los términos de la lengua griega. Se ignora si tuvieron buenos compositores, pues ni sus nombres ni sus obras han llegado hasta nosotros: lo que se sabe únicamente es que eran muy aficionados á las canciones, y que cantaban casi todas sus poesias. Parece igualmente cierto que parodiaban las odas de Horacio con música griega, y aun se asegura que nos quedan algunas de las que nos servimos para nuestros *himnos*, entre otros uno que se hizo en el tiempo de Safo, y que sirve de tema para cantar el *Ut queant laxis*, que se hizo en los primeros siglos de la Iglesia. Los bardos habian establecido en las Galias una música análoga sin duda á su culto bárbaro, pero que sin embargo estaba sujeta á reglas y se enseñaba en las escuelas; pero desapareció con ellos á la aproximacion de los romanos. Refugiada la música al pie de los altares, conservó, aunque desfigurada, un poder proporcionado al de la Iglesia. Se la ve en seguida inspirando á los trovadores, á los menestrales y á los cancioneros, y que se perfecciona con las demas artes, y que llega, en fin, al siglo en que vivimos. Aun-

que dicen los autores del *Diccionario de los músicos* en el sumario histórico de la música: «Todas las naciones de la Europa á las cuales es comun nuestro sistema de música, tengan cada una un gusto, hábitos y diferencias de principios que les son propios, y que en este concepto cada una de ellas tenga una escuela particular, sin embargo, no se puede, relativamente al arte en general, considerar como de una misma escuela, sino las que han contribuido de una manera sensible al progreso de este arte; y en este sentido añaden los mismos autores que no hay realmente en Europa sino tres escuelas, á saber: la italiana, la alemana, la francesa y sus dependencias.» Vemos por la historia, que desde el siglo XII hasta el XVI, los progresos mas importantes que ha hecho la música se deben á los franceses y á los franco-flamencos. Su escuela, destruida en parte por las guerras y revueltas del siglo XVI, ha sido tambien el origen de todas las que existen hoy en Europa. Los franceses, dicen los autores ya citados, fueron con los franco-flamencos los primeros que dieron impulso á la música de los siglos modernos. En aquella época (y no se puede negar sin desmentir á la mayor parte de escritores extranjeros sobre la música), decimos nosotros: las capillas de los papas y de todos los principes de Italia eran dirigidas por compositores franceses ó franco-flamencos, y estaban llenas de cantores de los primeros; lo mismo sucedia en la corte de los emperadores de Alemania, en la de los reyes de España, así como en la de Inglaterra, etc. La música de los compositores franceses y flamencos era la que se cantaba en toda la Italia y aun en la misma Roma. (Se continuará).

MADRID, 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

FUNDADA Y DIRIGIDA POR MELLADO.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.ª SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las primeras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de llamar la atencion de los que nos favorecen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narracion la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica.

2.ª SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español y vice versa*, por Dominguez; segunda edicion corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.ª SECCION. *Cristóbal Colon*, novela por Fenimore Cooper, con grabados. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabril, con 74 grabados. Precio por suscripcion, 2 rs. en Ma-

drid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustín Chalmel, con 30 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

Maria Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crimenes célebres*; tiene 45 grabados. Precio por suscripcion, 2 y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra critica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.

Gil Blas de Santillana, edicion ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripcion, 8 rs. en Madrid y 12 en provincia. En venta 16 y 20.

El colono de América, novela por Fenimore Cooper, con 24 grabados, precio por suscripcion, 3 rs. en Madrid y 4 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.

Pedro Simple, novela por el capitán Marryat, edicion ilustrada con 25 grabados; precio por suscripcion, 3 rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.

Celiar, leyenda americana en variedad de metros, por don Alejandro Magariños de Cervantes, precedida de un discurso preliminar por don Ventura de la Vega. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

La linda Margarita, novela por Paul de Kock, con grabados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.